

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

La necesidad de construir un enemigo social. La realización simbólica del genocidio en la construcción de los discursos de (in)seguridad. El caso de los `menores delincuentes' en la Argentina post-genocida.

Crocco, Natalia Paola.

Cita:

Crocco, Natalia Paola (2010). *La necesidad de construir un enemigo social. La realización simbólica del genocidio en la construcción de los discursos de (in)seguridad. El caso de los `menores delincuentes' en la Argentina post-genocida. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/488>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/N2F>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CROCCO, Natalia Paola

croconatalia@gmail.com

Programa de Estudios sobre Control Social (PECOS)

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Facultad de Ciencias Sociales –UBA

VI Jornadas de Sociología de la UNLP

“Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario.

Reflexiones desde las Ciencias Sociales”

La Plata, 9 y 10 de diciembre de 2010

Mesa: Seguridad, territorio, población. Control social y producción de (in)seguridad

Título: “La necesidad de construir un enemigo social. La realización simbólica del genocidio en la construcción de los discursos de (in)seguridad. El caso de los “menores delincuentes” en la Argentina post-genocida”

Introducción

La problemática de la (in)seguridad aparece en la Argentina en la década de 1990 dominando la agenda política y siendo uno de los temas de mayor trascendencia en los medios de comunicación. En ambos casos el problema de la seguridad/inseguridad es planteada en términos de delitos contra la propiedad privada dejando de lado otras seguridades (y sus deterioros) en términos de seguridad laboral, educativa, de inclusión social y salud entre las más importantes.

En los últimos diez años ha aparecido una nueva figura que se instala en la problemática de la in/seguridad en los discursos mediáticos y políticos que se ve sobredimensionada a partir de la aparición de la problemática del consumo de paco en las clases pobres argentinas. Esta nueva figura es la del “menor delincuente”.

Esta ponencia plantea que los discursos y prácticas efectivas alrededor de la (in)seguridad y los “menores delincuentes” pueden ser analizadas desde la perspectiva de la construcción de un enemigo asocial u otredad negativa que se da en el contexto de realización simbólica del genocidio (1974-1983) que tiene su grado de mayor realización en la década de 1990 con la implementación del modelo neoliberal. Modelo neoliberal que no sólo afectará el ámbito y los procesos económicos sino que moldeará subjetividades y relaciones sociales muy distintas a las anteriores a su implementación haciendo posible la aparición de discursos reaccionarios donde predominan la individualidad y la despolitización de problemáticas sociales concretas.

A partir de esta lógica se intentará dar cuenta como desde la construcción de la peligrosidad y la gestión de “enemigos sociales” es posible disciplinar políticamente a parte de la sociedad y gobernar biopolíticamente la totalidad de la población.

Genocidio y neoliberalismo. Antelala a la posibilidad de construcción de un enemigo social en los discursos de la (in)seguridad

En Argentina, la condición de posibilidad de construcción de discursos y prácticas alrededor de la (in)seguridad en el contexto del neoliberalismo debe remontarse a un pasado reciente referido a la perpetración de un genocidio (1974-1983)¹.

El genocidio será pensado a la luz de su capacidad de construcción, destrucción y reorganización de relaciones sociales (Feierstein, 2007: 207) en términos de proceso a lo largo del tiempo. Proceso ya que el genocidio no acaba en sus efectos al finalizar el aniquilamiento de una parte de la sociedad sino que su capacidad constructiva, destructiva y reorganizativa continúa realizándose a través del tiempo simbólicamente. En este sentido el exterminio se subdivide en dos etapas que

¹ En el sentido que lo considera Daniel Feierstein. Al *genocidio* como la “ejecución de un plan masivo y sistemático con la intención de destrucción total o parcial de un grupo humano como tal”, y a la *práctica social genocida* como “aquella tecnología de poder cuyo objetivo radica en la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por su número o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad, y del uso del terror producto del aniquilamiento para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios”

son sucesivas; una que es la de realización material y otra de realización simbólica (Feierstein, 2000: 46).

La puesta en marcha de un plan de aniquilamiento sistemático en Argentina en una bisagra entre dos tipos de sociedad. El genocidio viene a romper con el lazo social que se había construido en torno al igualitarismo simbólico de derechos durante el breve período del Estado Benefactor en nuestro país. En este período se produjo un doble proceso en el cual a través del acceso efectivo al trabajo y a los derechos sociales se moldearon disciplinariamente *cuerpos dóciles* en términos políticos y *útiles*² en términos económicos³ (Foucault, 2004: 141) y a la vez cuerpos resistentes en torno a la defensa de los derechos obtenidos consecuencia de luchas políticas. En este sentido, la realización material del genocidio se da a partir del aniquilamiento sistemático, la desaparición material de aquellos cuerpos que encarnan aquellas relaciones sociales resistentes organizadas políticamente alrededor de la militancia y de ciertas prácticas de solidaridad y de formas de pensar lo político y lo social.

La destrucción de determinadas relaciones sociales a partir del aniquilamiento material es la que permite la realización simbólica e ideológica del genocidio a lo largo del tiempo. Para que los efectos de destrucción de ciertas relaciones sociales sean efectivos es necesario que la práctica social genocida se realice en el campo de las representaciones simbólicas, en los modos de narrar el aniquilamiento sufrido y en la forma de construir nuevas relaciones sociales alrededor de valores y prácticas distintas a las destruidas. En este sentido es importante resaltar que no es suficiente para los fines del genocidio desaparecer aquellos cuerpos que encarnan dichas relaciones sino que la importancia radica en la *clausura* efectiva de los tipos de relaciones sociales que dichos cuerpos encarnaban para que sea posible la formación de otras formas de articulación social, construyendo nuevas formas de relación social (Feierstein, 2007: 238).

² En este caso, la disciplina en el marco del Estado Benefactor “fabrica individuos”, es la técnica específica de un poder que se da los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio. La disciplina es un poder que tiene como función principal “enderezar conductas”, “encauza “ las multitudes móviles, confusas, inútiles de cuerpos y de fuerzas en una multiplicidad de elementos individuales (Foucault, 2004:175).

Este proceso puede ser leído desde la perspectiva del poder de Foucault en el sentido en que el mismo no sólo destruye, sino desde su faceta productiva constructiva, en este caso a partir de un proceso de aniquilación.

La construcción de nuevas relaciones sociales entre los sujetos se encuentra íntimamente relacionado a la posibilidad de implementación del modelo neoliberal en la década de 1990. La clausura de relaciones sociales basadas en la solidaridad y reciprocidad se basó principalmente en una construcción discursiva de la desconfianza hacia el otro. Desconfianza que durante la última dictadura militar se centró básicamente en la figura difusa del “delincuente subversivo”. Cualquiera podía ser “delincuente subversivo”⁴, los vecinos, los hijos, los amigos, los colegas. A partir de esta situación se implementó una propaganda política oficial de instalación de la desconfianza en la que se invitaba a desconfiar de toda la sociedad.

La instalación de la desconfianza, sumado a la situación real de la posibilidad de muerte por parte del Estado produjo dos procesos. Por un lado, la desconfianza creciente hacia el otro y hacia la política, las formas de hacer política y de relacionarse políticamente que se ligaban directamente a la posibilidad de muerte. Por otro lado, y como consecuencia de la situación anterior, un proceso de encierro individualista debido a la desconfianza hacia los otros y hacia la imposibilidad de poder relacionarse socialmente en términos de política debido a la implementación del terror.

De esta forma, luego del genocidio y con la ausencia real de treinta mil personas, el miedo que esta situación representa genera una parálisis que no es capaz de salir del individualismo debido a la desconfianza que logra instalarse desde los círculos de poder.

⁴ La forma difusa en la que fue construida discursivamente la figura del “delincuente subversivo” se expresa claramente en una frase del el General Ibérico Saint Jean, Gobernador interventor de la Provincia de Buenos Aires, en Mayo de 1977: “*Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después... a sus simpatizantes, enseguida... a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos*”. La amplitud de la definición de la subversión (subversivos, colaboradores, simpatizantes, indiferentes y tímidos) crea desde la esfera del poder una situación en donde la desconfianza debe ser generalizada ya que cualquiera puede ser subversivo.

Frase extraída de: <http://www.me.gov.ar/efeme/24demarzo/frases.html>

A partir de este proceso que logró atomizar a la sociedad debido a su incapacidad de relacionarse políticamente y a la victoria de la individualidad sobre lo colectivo, resulta más claro leer la implementación del modelo neoliberal. Modelo que se presenta como apolítico ya que su principal interpelador no es el Estado sino el mercado y que se centra principalmente en el individuo debido a la preponderancia absoluta de la libertad de mercado y de defensa y promoción de la propiedad privada.

La construcción de un enemigo social en los discursos de (in)seguridad.

La construcción de “enemigos sociales” es un proceso que se repite a lo largo de la historia de las sociedades cambiando las figuras y construcciones discursivas que lo constituyen. Dependiendo de la situación político-estructural será distinto aquel “otro no normalizado” que atente contra el orden social establecido. En este sentido, si bien puede rastrearse genealógicamente⁵ la construcción de ciertas figuras o la conceptualización de grupos sociales en términos de enemigo vale destacar que a lo largo de la historia siempre el poder delinea un enemigo potencial de atentar contra el orden social que es móvil y nunca es fijo sino que cambia a lo largo del tiempo. En el caso de la Argentina a lo largo de la historia se ha construido la figura del enemigo alrededor de los habitantes originarios, del gaucho, del anarquismo, de los cabecitas negra, del delincuente subversivo entre otros.

Desde una perspectiva teórica la construcción de un enemigo puede leerse como en el caso de Carl Schmitt en términos políticos, en el sentido en que el lazo fundamental que funda lo político es una relación de amigo/enemigo, donde el enemigo es el otro, el extraño, un grupo de hombres que se oponen a otro respecto del cual conforman una amenaza y cuyo enfrentamiento puede llegar hasta la situación de dar muerte (Schmitt, 2001: 177).

⁵ En el sentido que le es asignado por Michel Foucault a la *genealogía*, entendida la misma como el análisis genealógico de la *procedencia* a partir de la percepción de la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona para encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por carecer de historia, en captar su retorno pero en absoluto trazando la curva lenta de una evolución sino reencontrando las diferentes escenas en las que se han jugado diferentes papeles, definiendo incluso el punto de ausencia, el momento en el que no han tenido lugar (Foucault, 1992: 5).

Desde la perspectiva del genocidio de Daniel Feierstein, el primer momento del proceso de genocidio es la construcción de una otredad negativa como un proceso de construcción simbólica de un enemigo social, de un *otro* que atenta contra las bases mismas de la sociedad. El poder retoma símbolos y características existentes en el imaginario colectivo, construyendo nuevos símbolos y mitos, refuerza los prejuicios latentes a fin de construir un sujeto social como negativamente diferente. Intenta delimitar dos campos: los iguales, los sujetos cotidianos, mayoritarios, como distintos cualitativamente de los otros, de aquellos que no quieren ser como todos y por lo tanto, no deben ser” (Feierstein, 2007: 217).

Para Tzevetan Todorov la definición de ese “otro” es más amplia; puede concebirse como una abstracción, como una instancia de la configuración psíquica de todo individuo, como el Otro, el otro y otro en relación con el *yo*; o bien como un grupo social concreto al que *nosotros* no pertenecemos. Ese grupo puede, a su vez, estar en el interior de la sociedad: las mujeres para los hombres, los ricos para los pobres, los locos para los “normales” o puede ser exterior a ella, es decir, otra sociedad (Todorov, 2003:13).

En este sentido y haciendo referencia a los “enemigos de época” mencionados con anterioridad, en el proceso de perpetración del genocidio ese “otro” se construyó en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional. El “delincuente subversivo” atentaba contra la seguridad de toda la nación y de sus valores, era el “enemigo” de toda la sociedad, quien ponía en riesgo a la “civilización occidental y cristiana”.

Instalado el modelo neoliberal y su lógica individualista, el enemigo de época se verá modificado al igual que los discursos de la (in)seguridad. Tanto el uno como el otro se corresponderán a la lógica de funcionamiento del modelo económico-social y de sus principios.

Corrido de la escena el Estado como principal interpelador de la sociedad y ganado el espacio por el mercado los patrones en la articulación de relaciones sociales también se verán modificados. En este sentido, los discursos y prácticas en torno a la (in)seguridad se corresponderán a la lógica de funcionamiento y a los principios del nuevo modelo. La (in)seguridad ya no será planteada desde una lógica de interpelación al Estado en término de derechos sino que se planteará a partir de una lógica individualista burguesa de defensa de la propiedad privada y de ataque en términos materiales y simbólicos a los elementos que la alteren.

Aún ante el escenario de privatización de la mayoría de los servicios públicos y de avasallamiento de la mayor parte de los derechos sociales, a partir de la década de 1990 cada vez

más la (in)seguridad se fue aglutinando alrededor de la defensa de la propiedad privada. Este panorama social se vio acompañado de un incentivo permanente a la cultura del consumo. Con anterioridad al neoliberalismo, el acceso al consumo siempre se vio acompañado de victorias políticas en torno a la inclusión en términos de incrementos en el salario real, pero a partir de la década del noventa el consumo se encuentra despojado de contenidos políticos, es consumo per se acompañado por una política del deterioro de las seguridades laborales, educativas, de salud e inclusión social.

Es por esta razón que en un contexto cultural basado en el consumo como la forma predominante de relacionarse socialmente es posible que surjan prácticas y discursos que defiendan la propiedad privada. El orden social al estar atravesado íntegramente por la lógica de mercado requiere de una lógica de la (in)seguridad y de construcción de un enemigo social que atenta contra el mismo que se relacione directamente a la defensa del funcionamiento de la lógica económica individualista.

Ahora bien, en los últimos diez años, desde los discursos político, técnico-mediáticos comienza a delinearse y termina por consolidarse un nuevo “enemigo social” en torno a los adolescentes que cometen delitos contra la propiedad. Sujetos que no son caracterizados desde los discursos como adolescente, jóvenes o chicos sino desde una figura del derecho que es la de “menor de edad frente a la ley”. Además el discurso se ve potenciado en términos de peligrosidad cuando al joven pobre se le agrega la característica de “drogadicto”. Este fenómeno de acoplamiento entre jóvenes, delincuencia y adicción a las drogas surge en el momento en que los medios de comunicación comienzan a problematizar el consumo de pasta base por parte de los jóvenes de los sectores sociales pobres de nuestra sociedad.

Pero el núcleo central de la construcción simbólica del enemigo social “menor delincuente” se refleja en que ellos representan la impunidad. Impunidad que se relaciona a su condición de menores y que es construida simbólicamente dejando de lado las formas reales en que se reprime y se castiga a los jóvenes que cometen delitos. Dentro del imaginario social el “menor” es impune ya que roba y mata bajo los efectos de las drogas y queda impune ante los delitos que comete debido a que su minoría de edad le permite quedar por fuera del marco legal. Además debido al carácter destructivo en términos neurológicos del consumo de paco y a la situación de pobreza estructural de estos sectores, cometer delitos y ser pobres se iguala a una situación de

irrecuperabilidad de quienes cometen delitos, ya que no sólo son ladrones sino drogadictos perdidos.

Esta situación de impunidad de ese otro negativizado coloca al nosotros, los normalizados en una situación de constante amenaza e indefensión. Es a partir de las características mencionadas anteriormente (la minoridad, la drogadicción, la delincuencia y la impunidad) que se va delimitando y acentuando cada vez más la frontera entre la otredad negativa y la sociedad normalizada en términos de propiedad y consumo.

La realización simbólica del genocidio aparece en la forma en que se construye el nuevo enemigo social ya que el mismo impone una visión del mundo y de las relaciones sociales que pasan de lo universal a lo individual. La construcción simbólica de una otredad negativa que atenta contra la propiedad privada es la victoria de lo individual sobre lo colectivo. La salida de la sociedad posgenocida no es la opción de la construcción de una sociedad más igualitaria sino la formulación constante de pedidos de toma de medidas represivas frente a los delitos contra la propiedad privada.

La lógica policial en las figuras del “delincuente subversivo” y el “menor delincuente”

Tanto en el caso de la construcción simbólica del “delincuente subversivo” como del “menor delincuente” en términos de enemigo social existe una inversión de la óptica de análisis a partir de la cual se leen ambas construcciones.

En uno y otro caso dos problemáticas de índole política y otro de índole social son transfigurados en términos policiales.

Problemas de índole político (en el caso de las organizaciones políticas y las formas de hacer política en la década de 970) y de índole social (en el caso de los jóvenes que cometen delitos contra la propiedad) se trastocan a la lógica policial con una estrategia político-ideológico determinada. La configuración de las formas de hacer política en los setenta y la de los jóvenes pobres que cometen delitos contra la propiedad en la última década en términos de “delincuencia” (la “delincuencia subversiva”, el “menor delincuente”) convierten cuestiones políticas y sociales en cuestiones policiales, es decir, en cuestiones de seguridad. Convertir estos temas en cuestiones de seguridad es la estrategia fundamental de estos corrimientos en las formas de definición de los enemigos sociales.

En el caso de los jóvenes que cometen delitos, para el poder la pobreza y la marginalidad representan en la Argentina un problema policial, de seguridad posibilitando a través de esta recalificación conceptual la desvinculación de la pobreza, la violencia, el consumo de drogas y la juventud del orden social que las produjo.

El gobierno a partir de la gestión de la inseguridad

La forma en que se gestiona la (in)seguridad a través de la construcción de discursos simbólicos alrededor del delito contra la propiedad privada no es un elemento que sirve para la neutralización de quienes atentan contra la propiedad sino que puede ser considerado como una forma de gobierno de las poblaciones a partir de la imposición del miedo.

El miedo frente a una posible situación delictiva es un elemento fundamental para lograr la conducción de conductas (Foucault; 2006: 149). Es a partir de que ese miedo que se logra que se haga carne en la sociedad los pedidos en torno a mayor seguridad en relación a la protección de la propiedad privada haciendo posible en el discurso una articulación del “menor” con la inseguridad y los consecuentes reclamos de mano dura.

Como consecuencia, la construcción de “ese otro” constituye un “nosotros” que es presentado como la posible víctima de ese enemigo social. El nosotros se aglutina en torno a las características de consumidores propietarios que vemos amenazada nuestra libertad. El nosotros, entonces es la víctima de la inseguridad y a partir de esta fórmula es posible visualizar con mayor claridad el proceso a partir del cual se demonizan ciertos sectores de la población. Demonización que se produce en forma totalmente deshistorizada por la imposibilidad de poder analizar procesos en términos colectivos.

Conclusión

Una primera aproximación es que el genocidio perpetrador reconstituyó las relaciones sociales colocando lo individual sobre cualquier posibilidad de articulación colectiva. Como consecuencia de esta situación se coloca a la seguridad individual en términos de propiedad por encima de problemáticas colectivas como la pobreza, la situación laboral, la educación. La delincuencia

lejos de ser la consecuencia del desarrollo de un orden social determinado son cosificados en forma deshistorizada como “el problema”.

En segundo lugar, la construcción de un otro negativo como característica inseparable a los procesos de constitución identitaria de las sociedades modernas, abre la puerta al paso del plano simbólico al plano material de un posible genocidio. En este sentido, la construcción de la figura del *menor* y la exigencia de la “solución” frente a la supuesta amenaza que ellos plantean para el nosotros normalizado va creando el consenso para una eventual solución genocida.

Por último, como ejercicio, el análisis desplegado en este trabajo invita a reflexionar sobre las formas deshistorizadas en la que se construyen los discursos sociales en torno a las figuras que son naturalizadas como los enemigos de una sociedad.

Bibliografía

- Feierstein, Daniel 2000, *Seis estudios sobre genocidio*, (Buenos Aires:Eudeba)

- Feierstein, Daniel 2007, *El genocidio como práctica social. Entre la experiencia nazi y el caso argentino*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)

- Foucault, Michel 1992, *Microfísica del poder*, (Madrid: La Piqueta)

- Foucault, Michel 2004, *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, (Buenos Aires: Siglo XXI)

- Foucault, Michel 2006, *Seguridad, territorio, población*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)

- Schmitt, Carl 2001, “El concepto de lo político”, en Aguilar; Héctor Orestes *Carl Schmitt. Teólogo de la política* (México DF: FCE)

- Todorov, Tzevetan 2003, *La conquista de América. El problema del otro*, (Buenos Aires: Siglo XXI)